

Las leyendas de Lolita Robles de Mora

Lolita Robles de Mora, *Leyendas del Táchira III*. San Cristóbal, Robledal, 2002. 303 p.

Conocí a Lolita en la década del noventa durante mi permanencia de más de dos años en San Cristóbal. Me impresionó de entrada su inteligencia y su vertical personalidad. Era cual una reina en el grupo de los intelectuales responsables de la dinámica de la contingencia de la vida cultural de esa ciudad a orillas del Torbes, integrado por Pedro Pablo Paredes, Pablo Mora, Antonio Mora, Rafael María Rosales, Leonor Peña, Carmen Teresa Alcalde, entre otros y otras. Uno de los momentos más gratos de ese entonces lo trazaban las veladas literarias en la quinta de Lolita, nos reuníamos en ese salón tan especial de su biblioteca, conformado además de las vitrinas con los libros, los cómodos sillones, el escritorio, amén de otros muebles, más sobre todo el jardín, ventanal por medio, de donde procedía la tamizada luz y los aromas emanados de los rosales, de las gladiolas, las azaleas, las calas, el jazmín de la India y las damitas de noche. Allí, en ese grato ambiente, en algunas tardes leíamos poemas, comentábamos libros recién publicados por aquellos días, oíamos

algunas de sus leyendas, saboreábamos el café vespertino acompañado con dulces de una pastelería cercana, después llegaba el momento del brandy o del ron de acuerdo a los gustos y con ello la euforia de la confraternidad y de los afectos. Casi sin darnos cuenta nos sorprendía la noche tachirense con sus estrellas o su lluvia. Alegres retornábamos cada uno a su casa o apartamento, un poco más sabios no sólo por las lecturas sino también por haber habitado aunque fuera en un corto atardecer el sagrado reino de la amistad honesta y transparente.

La aventura intelectual de Lolita Robles de Mora por el mundo de la literatura oral venezolana no sólo ha sido extensa y fecunda, sino utilísima en su contribución al fortalecimiento y desarrollo del ethos de este País y del Estado Táchira. Ha incursionado en esta tarea de la recopilación de la tradición oral desde las producciones provenientes de los estratos profundos del origen étnico con sus mitos aborígenes de los wayuú, de los barí, de los yanomamis, de los pemones, de los

waraos, hasta las leyendas de la vida criolla, mestiza de los horizontes campesinos y de los sectores urbanos más cercanos en la geografía y en la contemporaneidad. Su escritura y su investigación han tocado de alguna manera las disímiles regiones de la territorialidad nacional, por las calles de sus ciudades, por las veredas de sus aldeas, por los caminos de sus campos.

En el caso especial de las leyendas del Táchira, su manera de trabajar es asombrosa. No se queda únicamente en la fase de recoger el contenido de boca de los informantes sino lo estudia cuidadosamente, lo convierte en un documento literario diáfano; la fuerza originaria del relato oral, por la vía luego de la buena prosa se transforma en el grato texto de una leyenda ahora escrita. Después las agrupa, para escoger un sentido organizacional, de acuerdo a la orientación del viajero, del turista, desde la ruta urbana de la ciudad de San Cristóbal para continuar con la ruta de la montaña, la senda del sol (zona cálida), el itinerario del café (zonas cafetaleras), la vía de la frontera y la cerámica, el sendero de la llanura, cada ruta a su vez se distribuye por municipios, de manera de vincular relativamente las circunstancias y el tipo de vida de los pobladores - hombres, mujeres, niños, ancianos, campesinos, obreros, empleados, amas de casa, en fin- con el contenido del material recopilado.

Pero la labor aún no ha concluido. Lolita establece una relación fraterna, y en algunos casos continua,

con sus informantes. Estos aparecen honestamente registrados, ubicados y con el señalamiento de su contribución al final del texto, bajo el título de «Testimonios orales». Ahora bien, cuando se edita el libro, estas leyendas retornan en cierta medida a sus fuentes a través de las escuelas, de los liceos, de las donaciones, de la venta. Con lo cual se logran dos importantes fines, por un lado se mantiene vivo, activo, funcional el significado del aporte literario oral, y además se establece una especie de red espiritual subyacente en buena parte de la población, traducido ello en un sentimiento de valor, de ennoblecimiento, de la importancia de la sabiduría oral vertida en una de sus manifestaciones más sencillas y hermosas, la leyenda.

La ardua tarea de recopilar, de investigar, de redactar, de divulgar y, a través de la misma, establecer nexos dinámicos en torno a esta labor en extensos sectores de la población, pertenece al esfuerzo de una etnóloga, quien no contenta con llegar a la etapa de publicar sus estudios, hace de éstos un instrumento activo de fortalecimiento del ethos del País, de una región, de un estado. Hay ahí, indudablemente, una labor patriótica, un hacer Venezuela en el horizonte de su existencia espiritual, artística, un valioso aporte a la cultura humanística nacional.

Los textos de Lolita, no sólo sus leyendas y mitos, sino también sus libros pedagógicos de castellano y Literatura, sus antologías, sus pági-

nas ecológicas, deben divulgarse con mayor profusión de manera de expandir su lectura a todos los estratos sociales, por cuanto en esos escritos vamos a toparnos con la Venezuela eterna, la de sus valores, la de su ética permanente más allá de los azares circunstanciales, vamos a hallar, en fin, un sentido de patria.

Por eso, como dijo un escritor amigo, cuanto se diga de la faena intelectual de Lolita Robles de Mora, es poco.

Lubio Cardozo